

ct

# Los amantes del cuarto azul

de  
Eloísa Tarruella

*(fragmento)*

## 2

*ELLA sentada en el sillón y ÈL parado frente al balcón observa el afuera. Luego se sienta al pie de la cama y la observa a ELLA.*

ÉL

¿Qué pensás?

ELLA

Pienso en que no sé quién sos...

ÉL

Yo tampoco.

*Se produce un silencio.*

ELLA

Volvió el silencio.

ÉL

Hay un cuento oriental que trata sobre un hombre que encuentra una caja en un pasaje oscuro. El hombre mira a su alrededor y no ve a nadie. Piensa en irse y dejar la caja en el mismo lugar donde la encontró. Cuando da unos pasos hacia adelante, siente que la caja le pertenece. El hombre vuelve hacia la caja. La levanta y nota que no tiene peso. Piensa que quizá esté vacía. Decide llevarla al galpón de su casa. Cuando llega la apoya en el suelo lentamente, como si tratara de un tesoro preciado. El hombre abre la caja. No ve nada.

ELLA

¿Nada?

ÉL

Nada a simple vista. Se aleja de ella. Se siente defraudado por su propia imaginación. Y después se devela el secreto: de la caja comienzan a salir sombras. De todo tipo. Salen de la caja y se funden en el aire. Las sombras se dibujan en los suelos, en las paredes, en las ventanas.

*ELLA escucha el relato expectante.*

ELLA

¿Y qué hizo el hombre después?

ÉL

Cerró la caja y las sombras volvieron allí. Siempre recordé esa historia, es una imagen recurrente. Y se acentuó más el día que vi la sombra de una mujer y un hombre fundiéndose en un abrazo. Ya era adolescente, fue una noche. El cielo estaba teñido de un azul turquesa. Solo vi sus sombras

proyectadas en una pared de ladrillos. Caminé para verle los rostros... pero ellos caminaron de espaldas a mí. Al verlos ir, se proyectaron sus sombras en el suelo. No recuerdo el final de esa anécdota... A veces me cuesta recordar los finales.

ELLA

Caja de sombras... así se llama el cuento.

ÉL

No tiene un nombre, pero podría llamarse así.

ELLA

Yo siempre tuve temor a las sombras, tanto, que a veces cuando camino por la calle pienso que me persiguen y miro hacia atrás y es mi propia sombra la que me hace asustar.

*ÉL se para y se sirve un vaso de agua. ELLA lo observa.*

ÉL

Yo le tengo miedo a otras cosas.

ELLA

¿A qué?

ÉL

... a quedarme ciego... una pesadilla que tengo es la de despertarme una mañana y no ver más. No sé de dónde viene ese miedo pero está presente.

ELLA

A mí me dan terror los murciélagos.

ÉL

Murciégalos, decía yo de chico, y después me enteré que así se dice en Galicia.

ELLA

¿En serio?

ÉL

Sí, sí o ¿tengo cara de mentiroso? (*Se sonríen*).

ELLA

Bueno, te quería contar que en la casa de mi tía Aurelia, había murciélagos o murciégalos (*se vuelve a reír*) que a la noche golpeaban el techo, sin parar, era algo interminable. (*Pausa*) ¿Por qué no tenés televisión?

ÉL

Se me rompió el año pasado y no encontré un buen motivo para tener otra.

*ÉL camina hacia la ventana y observa el afuera.*

ELLA

Ahora te vendría bien para saber qué pasa afuera.

ÉL

Saber o no saber, no cambia lo que está pasando. Porque no puedo hacer nada.

ELLA

Podrías salir a salvar la ciudad.

ÉL

Podría...quizás..., pero no soy héroe de nadie, ni ejemplo de nada.

*ELLA camina hacia él. Ambos parados frente a la ventana.*

ELLA

Me alivia el refugio que encontré.

ÉL

Porque no tenés otro para compararlo.

ELLA

Tiene grietas en la pared, casi imperceptibles.

ÉL

Imaginate que hubiera pasado si en vez de rescatarte yo, lo hubiera hecho Antonia, que es la vecina del fondo, es la persona más amarga que conocí en mi vida y en este momento debe estar pensando que todas las personas que están en la calle se merecen que los maten, incluso a vos, que estuviste sin querer en el medio de la gente.

ELLA

Creo que si me hubiera rescatado tu vecina... ¿Antonia, se llama? (*él asiente*) en vez de rescatarme como hiciste vos (*se miran cómplices*), hubiera llamado a la policía para decir que yo era una infiltrada y que quise entrar en su departamento por la fuerza. Entonces hubiera ido presa. Mi marido hubiera llamado a su mejor amigo que es un abogado, chanta, como la mayoría de los abogados, y hubiera salido inmediatamente.

ÉL

¿Vos querés decir que la gente con plata sale rápido de la cárcel? (*con ironía*).

*ELLA lo mira seriamente.*

ELLA

¿Sabés lo que encontré en la calle, después de correr y pararme en un umbral?

ÉL

Adivino todavía no soy...

ELLA  
Una cadenita.

*ELLA toma su cartera y saca una cadena de plata con una inscripción. Se la muestra. ÉL la toma con sus manos. Se sienta ambos en el sillón.*

ELLA  
Dice “Julia y Simón”. Cuando termine todo, quiero encontrar a sus dueños. Pensé que quizá ellos estaban juntos en la calle cuando empezó todo y... por ahí los separaron. O se la llevaron a ella o lo hirieron a él...

ÉL  
O quizá estaba ella sola.

ELLA  
¿Cómo saberlo? La verdad es que me gustaría encontrarlos. De alguna manera... No sé...

ÉL  
Yo te voy a ayudar...

*ELLA sonríe incrédula.*

ELLA  
¿Cómo?

ÉL  
No sé, cuando termine todo, vamos hasta el umbral donde la encontraste, tocamos el timbre de la casa y preguntamos. De alguna manera te voy a ayudar... Como ya lo hice... Además no me vas a decir que no fue completo... te prepararé el café instantáneo más rico del mundo.

*ÉL le devuelve la cadenita. ÉL le sirve una copa de vino. La observa.*

ÉL  
Acá tenés una pequeña cicatriz...

ELLA  
Tengo muchas cicatrices, algunas se ven y otras no.

*ELLA lo mira.*

ELLA  
Acá tenés una cicatriz reciente.

ÉL  
No recuerdo como me la hice. A veces me despierto y veo algo distinto.

ELLA

Yo también... cuando me miro al espejo todas las mañanas me veo distinta. A veces me veo rara, otras me veo hermosa... Otras ni quiero mirarme.

ÉL

Es que te ves como te sentís. Hay muchas cosas que nos condicionan.

ELLA

Demasiadas. A veces siento que no tengo libertad, que vivo en una prisión con las puertas abiertas.

*Ambos se quedan en silencio.*

ÉL

Así te sentiste hoy, ¿no? cuando quedaste atrapada... A veces los equívocos nos llevan a situaciones inesperadas.

ELLA

Ya lo creo...

ÉL

...Mirá si vos hubieras llegado de tu viaje y te hubieras ido a tu casa directamente, sin quedar atrapada en ningún lado, todo como lo tenías planeado....De esa manera no podrías apreciar las bondades de estar presa en una ciudad en llamas...

ELLA

No hay ninguna bondad en esto.

ÉL

¿En estar acá, conmigo?

ELLA

No. Digo que no hay nada bueno en que la ciudad esté en llamas y nosotros encima estemos adentro.

ÉL

Ahora estamos afuera, en parte. Y también estamos adentro. Tu cabeza, sigue ahí, entre la gente.

ELLA

Sabés que... nunca me sentí así, como hoy en la calle...La gente corría y se abalanzaban sobre otros..., de la policía que rompió los vidrios de mi auto y trataron de llevarme sin saber por qué. Una cosa que me sorprendió de esta noche fue cuando un policía golpeó a una viejita que estaba en la puerta de su casa observando lo que pasaba. La vio, fue y le pegó con un palo. Sin mediación de ningún tipo. Solo quería pegarle. No lo puedo entender.

*ÉL se acerca a ella.*

ÉL

¿Por qué viniste hoy a la ciudad si podías quedarte cerca del mar, lejos de todo?

ELLA

Fue algo extraño, quise venir... Por un lado tenía ganas de quedarme en mi casa del mar que es mi refugio y por el otro lado...

ÉL

Querías encontrar otro refugio.

*Interrumpe el sonido del celular de ELLA. Camina hacia su cartera y se sienta en el sofá bordó. Atiende. ÉL la observa.*

ELLA (*conversación telefónica*): ¿Hola? ...¿me escuchás bien? Yo estoy bien. ¿Está todo cortado? Sí, sí, me puedo quedar... Apenas pueda. No te escucho bien. ¡Cuidate por favor! Un beso. (*Finaliza la comunicación*).

ÉL

Tu marido.

ELLA

Sí, mi marido (*ella se descalza*) Lo conocí en una estación de subte en Madrid. Yo estaba sentada en un banco esperando. A mi lado había un hombre vestido con capa verde, tocaba el acordeón. Llovía, muy fuerte. Él entró a la estación, solo. Tenía un aire distinguido.

ÉL

Como el tuyo.

*ÉL se sienta en el chaise longue junto a ELLA y la observa.*

ELLA

Algo así. Me pareció un tipo interesante por su manera de caminar. Enseguida me di cuenta de que era argentino. Mientras el subte se aproximaba, él se me acercó y me dijo: “Buenas tardes, señorita, ¿puedo saber su nombre?”.

ÉL

Qué formalidad.

ELLA

(*ríe*) Sí, muy formal. Y yo le respondí en el mismo tono: “Soy María”. Después me contó que estaba en un viaje de negocios, que trabajaba en una empresa. Me pareció cordial y directo. Viajamos juntos. Y nos mirábamos a través de los cristales de las ventanillas. (*ELLA reproduce lo que cuenta*) Me tomó de la mano y me dijo al oído: “Sos para mí”.

ÉL

Así directamente...

ELLA

Sí. Fue un flechazo. El encuentro siguió una noche en su hotel de cortinas de terciopelo rojo. Había ceniceros de plata también. Al otro día, en la estación “Almendrades” me pidió que fuera su mujer...

*Ambos quedan en silencio por un instante.*

ÉL

¿Te diste cuenta que dijiste tu nombre?

ELLA

Sí. ¿Qué tiene de particular haber dicho mi nombre?

ÉL

Que yo no quiero saberlo.

ELLA

¿Y cómo sabes que es verdad? ¿Cómo sabes que dije un nombre real?

ÉL

No sé... tal vez lo sea.

ELLA

Tal vez no.

*ELLA se acerca a ÉL.*

ELLA

¿No te molesta que te hable de él?

ÉL

¿De quién?

ELLA

De mi marido.

ÉL

¿Por qué debería molestarme? Me molestó más que me digas tu nombre.

ELLA

Entonces algo te incomodó que te hable de mi marido; porque dijiste “más me molestó que...”, entonces...

ÉL

No quería que me digas tu nombre. Ahora sé cómo te llamas.



ELLA

Un nombre es solo un nombre. La carga la ponen las personas. Por ejemplo, vos ponés una carga en mi nombre o supuesto nombre.

ÉL

Mi único problema es que no quiero saber tu nombre y ahora lo sé. O sé el nombre que vos querías que yo sepa.

ELLA

Entonces yo tampoco quiero saber tu nombre. Así estamos a mano. Yo no sé tu nombre ni vos el mío.